

FREDERIK

POHL

Corrientes Alternas



¿Ha leído usted alguna vez una historia que le haya hecho sentirse como si estuviera loco? En éste libro se le ofrecen diez ocasiones de hacerlo.

Frederick Pohl es el Einstein de la ciencia ficción o, como dice Kingsley Amis, «el escritor más capaz y consistente que la ciencia ficción, en el sentido moderno del término, ha producido». Piense en algo que le parezca impensable: Frederick Pohl lo habrá creado ya.

Títulos originales de los relatos

Los niños de la noche (*Happy Birthday, Dear Jesus; Alternating Currents, Ballantine 1956*)

El creador de fantasmas (*The Ghost Maker; Beyond Fantasy Fiction enero 1954*)

Demos una oportunidad a las hormigas (*Let the Ants Try; Planet Stories invierno 1949*)

Pythias (*Pythias; Galaxy febrero 1955*)

El atlas perdido (*The Mapmakers; Galaxy julio 1955*)

Las razones de Rafferty (*Rafferty's Reasons; Fantastic Universe octubre 1955*)

La ecuación de Einstein (*Target One; Galaxy abril 1955*)

El abuelo Orville (*Grandy Devil; Galaxy junio 1955*)

El túnel por debajo del mundo (*The Tunnel Under the World; Galaxy enero 1955*)

¿Qué haré hasta que vuelva el psicólogo? (*What to Do Until the Analyst Comes [«Everybody's Happy But Me!»] Imagination febrero 1956*)

Los niños de la noche

I

—Nos hemos visto antes —le dije a Haber—, en 1988, cuando llevabas el despacho de Des Moines.

Sonrió y levantó la mano: —¡Hombre, caramba; claro que sí! Ahora lo recuerdo, Odin.

—No me gusta que me llamen Odin.

—¿No? De acuerdo. Señor Gunnarsen...

—No. Señor Gunnarsen tampoco. Sólo Gunner.

—Es verdad, Gunner. Casi me había olvidado.

Le dije:

—No, no te habías olvidado. Nunca supiste mi nombre en Des Moines. Ni siquiera sabías que yo existía, porque estabas demasiado ocupado haciendo que nuestro cliente perdiera las elecciones. Te saqué de aquélla lo mismo que te voy a sacar ahora de ésta.

Su sonrisa era un poco torcida, pero Haber había trabajado en la compañía durante mucho tiempo y no estaba dispuesto a darme facilidades para despedirle.

—¿Qué quieres que te diga, Gunner? Te lo agradezco. Créeme, chico. Sé que necesito ayuda.

—No soy un chico. Haber, eras un holgazán entonces y sigues siendo un holgazán ahora. Para lo único que te ne-

cesito es, primero, para hacer una rápida visita a la oficina, y luego, para una reunión de todos los jefes de departamento, incluyéndote a ti, dentro de treinta minutos. Así que pide a tu secretaria que los reúna y empecemos la inspección.

Viniendo a Belport en el «Scatjet» había anotado en un cuadernito todo lo que tenía que hacer. El punto principal era:

1. Despedir a Haber.

De todos modos, la experiencia me ha enseñado que éste no es siempre el remedio más eficaz de apagar un fuego. Algunas verrugas se extirpan, otras se dejan secar en la oscuridad. M. & B. no me paga para hacer cirugía estética en sus Habers, sólo para cuidar de que el trabajo que deben hacer los Habers se cumpla.

Como encargado de una rama de relaciones públicas, Haber era una verruga, pero como guía de turismo no estaba mal, aunque le costaba sudores. Me condujo por toda la planta. Había cogido un local en uno de los principales centros comerciales, con puerta de cortina de aire y ventanitas con bonitas colgaduras de seda gris. Parecía el mejor de los cuatro salones de una agencia de pompas fúnebres en un barrio bajo. En una ventana aparecía en letras doradas el nombre de la entidad:

MOULTRIE Y BIGELOW

Relaciones públicas División del Estado Northen
Lake

T. Wilson Haber, Encargado de la División

—Las relaciones públicas —me informó— empiezan en casa. Saben que estamos aquí, ¿eh, Gunner?

—Me recuerda el despacho de Iowa —le dije. Y tropezó donde ni siquiera había un escalón.

Me refería a la campaña presidencial de 1988, en la cual Haber intentó que el candidato que había contratado nuestros servicios ganara las elecciones. Obtuvimos doce votos electorales en el último minuto porque habíamos enviado a Haber a descansar a Nassau y yo ocupé su puesto. Creo que la mujer de Haber había tenido acciones en la compañía.

Sin embargo, su plan en Belport era bastante bueno. Tenía cuatro cabinas de encuestas, cada una equipada con un Simplex 9.090 y un recepcionista en la sala de espera de los sujetos de encuesta. No se puede juzgar por las apariencias, pero los sujetos de encuesta que esperaban para ser interrogados daban la impresión de ser una buena muestra representativa —una buena muestra de sexos, edades y procedencias—, y con un poco de inteligencia se debería conseguir un estudio de opiniones aceptable.

El resultado del material obtenido en las encuestas era estudiado en una habitación al fondo. Reconocí a uno de los programadores y le saludé con un movimiento de cabeza: un buen hombre, iba siempre con el equipo de Telefax a las grandes fuentes de investigación, la británica, la biblioteca del Congreso, los servicios de noticias telegáficas, etcétera. Desde esta instalación el recepcionista podía componer un discurso, un anuncio 3-V, un programa o cualquier otra cosa, teniendo a su disposición líneas que le proveían de cualquier dato que necesitase; podía también comprobar la atracción en los sujetos. En la parte delantera del edificio había una cabina para grabar y un estudio. Todo era pequeño y manejable, pero de buena calidad; aquí se podía componer o editar una interviú 3-V tan bien como en la oficina central.

—Una instalación de primera clase, ¿eh, Gunner? —dijo Haber—, lo instalé yo mismo para hacer el trabajo.

—Entonces, ¿por qué no lo estás haciendo?

Haber se puso rígido. Sus ojos se volvieron más pequeños y más inteligentes, pero no dijo nada directamente. Me tomó del brazo y me llevó al cuarto de datos.

—Quiero presentarte a alguien —dijo.

Abrió la puerta, me condujo al interior y salió.

Una joven delgada y alta alzó la vista de la máquina de escribir.

—Hola, Gunner —dijo—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Hola, Candace.

Aparentemente Haber no era tan estúpido como yo creía, ya que había descubierto algo sobre mi vida privada antes de venir a esta oficina. El resto de la lista que había escrito en el «Scatjet» era: Necesito «gran mentira».

Investigar sobre los niños.

Investigar la proposición de los oponentes.

¿Casarme con Candace Harmon?

Era un trabajo relativamente pequeño para Moultry & Bigelow, pero de una importancia enorme. Era necesario ganar. El cliente era la Confederación Arcturiana.

En la oficina se decía que los arcturianos habían sido rechazados por dos o tres oficinas de relaciones públicas antes de que nosotros les aceptáramos. Nadie decía el porqué, pero la razón era perfectamente clara: eran la Confederación Arcturiana. No es en modo alguno ilegal o inmoral que una agencia de relaciones públicas represente una causa extranjera. Es cuestión de estatutos, cosa que la mayoría de la gente no se molesta en averiguar: el Acta de Smith-Macchibni de 1971. Y el tribunal decidió en 1985 que esto se aplicara tanto a los «extranjeros» extraplanetarios como a los terrestres, claro que entonces los únicos «extraños inteligentes» eran las momias de Marte. Desde luego, las momias no han contratado nunca a nadie en la Tierra para ningún trabajo. Pero fue precisamente el departamento de leyes de Moultry & Bigelow el que recurrió al tribunal para obtener la sentencia de 1985. Así es como trabaja M. & B.

Algunas personas juzgan al hombre de relaciones públicas por su cliente. Así es la naturaleza humana.

A estas mismas personas no se les ocurrirá nunca criticar a un cirujano por extirpar un tumor maligno al enemigo público número uno, ni siquiera a un abogado por defenderle. Pero si estás encargado de presentar ante el público la imagen emotiva de un cliente, y esa imagen no gusta, parte de los disgustos recae sobre ti.

En M. & B. cobramos al final de cada mes una cantidad suficiente para que esto no nos importe. M. & B. tiene fama de encargarse de los casos difíciles —el único cigarrillo americano que sobrevive es nuestro. También nos ocupamos del gobierno castrista de Cuba en el exilio, que todavía espera conseguir algún día que el Departamento de Estado apoye su demanda de pagar los bonos que imprimió para subsistir. De todos modos, por dos razones, para que las cosas nos resulten más fáciles y porque es un método mejor, no divulgamos nuestra relación con los clientes impopulares. Especialmente cuando el trabajo va mal. Uno de los métodos más seguros para obtener una mala respuesta a una campaña es que el público sepa que una importante firma de relaciones públicas está trabajando en ella.

Por eso todas las cosas que Haber había hecho eran desacertadas. En esta ciudad era demasiado tarde para establecer cabinas de encuestas y M/R.

Me quedaban cinco minutos antes de la conferencia, y, a pesar de todo, los pasé en la sección de cabinas de encuestas. Me fijé en una maqueta tridimensional del planeta de nuestros clientes en la sala de recepción, donde los donantes estaban sentados esperando turno. Era muy seductora: mares anchos y tranquilos con montes de aire verticales sobresaliendo a intervalos.

Di media vuelta y salí de prisa, hirviendo de indignación.

Un hombre de la calle podría no darse cuenta de la cantidad de errores cometidos por Haber. El mismo proyec-

to de encuestas era probablemente un error. En primer lugar, para obtener algún resultado de las encuestas se necesitan entrevistas a fondo y personal muy preparado. Y para eso se necesitan sujetos de encuesta pagados, y muchos. Para obtenerlos hay que tener de dónde escoger.

Eso implica poner anuncios en los periódicos y contratar a una de cada veinte personas entrevistadas. Para conseguir una muestra satisfactoria en una ciudad del tamaño de Belport se necesita contratar alrededor de quinientos sujetos de encuesta. Para ello hay que hablar con un millar de personas, cada una de las cuales volverá a su casa y hablará con su mujer o con su madre o con sus vecinos.

En una ciudad como Chicago o Saskatoon se puede hacer eso. Con una buena técnica el sujeto de encuesta nunca sabe exactamente para qué está siendo entrevistado, aunque desde luego un buen periodista puede entrevistar un par de sujetos y trabajar empezando desde el estímulo y obtener resultados bastante exactos. Pero todo esto no era posible en Belport, donde no había habido una sucursal hasta ahora y donde todo el mundo sabía lo que estábamos haciendo, porque la campaña era el tópico número uno en todas las tertulias. Resumiendo: habíamos metido la pata.

Como dije, un aficionado podría no haberse dado cuenta. Pero Haber no tenía derecho a actuar como un aficionado.

Acababa de ver los gráficos de las tendencias también. El referéndum para ver si se concedían privilegios a nuestros clientes iba a ser votado dos semanas más tarde. Cuando Haber abrió la sucursal las pruebas demostraron que íbamos a perder por cuatro votos contra tres. Ahora, mes y medio después, el porcentaje había bajado de tres a dos y marchaba cada vez peor.

Creo que nuestro cliente se sentiría muy desgraciado, y probablemente se sentía desgraciado ya, si había consegui-

do descifrar los extraños informes terrestres que les habíamos ido enviando.

Y ésta era la clase de cliente que una agencia quiere tener contento. Quiero decir que cualquier otro cliente era poco importante en comparación. La Confederación Arcturiana es una cultura tan rica y poderosa como todos los países de la tierra juntos, y como los arcturianos no se molestan en tener divisiones sin sentido, como naciones o empresas privadas este cliente era... ¡Tan importante como todos los posibles clientes combinados!

Ellos decidieron que necesitaban tener una base en Belpport, y M. & B., y especialmente yo, Odin Gunnarsen, estábamos encargados de que lo consiguiese.

Era una pena que hubieran estado en guerra con la Tierra hacía seis meses. En realidad, estábamos aún en guerra. Era sólo un armisticio, no una paz, lo que había hecho que cesaran los bombardeos de bombas H y que se retiraran las flotas espaciales.

Como ya dije, ¡M. & B. se ocupa de los casos difíciles!

Aparte de Haber, otras cuatro personas parecían estar al tanto de lo que ocurría: Candace Harmon, el programador de las encuestas y dos jóvenes T. A. Me senté a la cabecera de la mesa de conferencias sin preocuparme en dónde quería sentarse Haber, y dije:

—Tenemos que darnos prisa, porque estamos en una situación difícil y no tenemos tiempo de presentaciones ni preámbulos. Tú eres Percy, ¿verdad?

El programador asintió con la cabeza.

—¿Cómo dijo usted que se llamaba? —pregunté volviéndome al siguiente en la mesa.

Era el jefe de copias, un vejete calvo y larguirucho, llamado Tracy Spockman. Su asistente, uno de los T. A. en quien me había fijado, resultó llamarse Manny Brock.

Había escogido trabajos fáciles para los tontos, reservando a los inteligentes para lo que pudiera salir, así que empecé con el jefe de copias:

—Spockman, vamos a abrir una agencia que se encargue de los asuntos arcturianos. Usted debe ser capaz de llevarla: si no me equivoco, dirigió el despacho de Duluth durante un año.

Dio una chupada a la pipa y me miró sin expresión.

—Bien, gracias, señor Gun...

—Sólo Gunner.

—Bien, gracias; pero como jefe de copias...

—Aquí hay muchos que pueden ocuparse de eso. Si recuerdo bien la manera en que usted llevó la operación Duluth, tiene ya una buena parte del trabajo hecha.

Probablemente era verdad. De todos modos no creo que hiciera ningún daño el dar oportunidad a otro de enredar un poco más las cosas. Entregué a Spockman la página de las «posiciones requeridas» del cuadernito que había cogido en el aeropuerto con una lista de notas que había preparado durante el viaje.

—Contrate a estas chicas que he señalado, alquilé una oficina y mande algunas cartas. En la lista verá lo que quiero. Cartas a los agentes de la ciudad preguntándoles si pueden reunir una parcela de cinco mil acres en la zona cubierta por el referéndum. Una carta a todos los contratistas pidiéndoles presupuestos de edificios. Que hagan presupuestos separados de cada uno. Creo que son cinco edificios. Uno de ellos exoclimatizado, así que pida presupuestos también a los contratistas de calefacción y de tuberías. Otra carta a todos los proveedores para preguntarles si les interesaría abastecer de alimentos a la base arcturiana. Póngase en contacto con Chicago y entérese de lo que necesitan los arcturianos. No recuerdo bien, creo que no comen carne, pero sí muchas verduras. De todos modos, entérese bien e incluya los datos en las cartas. Póngase en contacto con las manufacturas electrónicas, los vendedores de muebles de oficina, las agencias de coches y camiones, etcétera. La lista completa está en este papel. Quiero que todos los hombres de negocios de Belport empiecen a calcular

desde mañana por la mañana los beneficios que pueden obtener si se instala una base arcturiana. ¿De acuerdo?

—Creo que sí, señor... Gunner, estaba pensando. ¿Qué hay de los proveedores de papel, de los procuradores, de los C. P. A.?

—No pregunte, actúe. Ahora, el que está al final...

—Henry Dane, Gunner.

—Henry, ¿qué hay de los clubs a las afueras de Belport? Me refiero a los grupos especializados. A los arcturianos les gusta mucho navegar y cosas de ese estilo. Mira a ver qué se puede hacer en los clubs de lanchas de motor, etcétera. Vi en el periódico que hay una exposición de flores en Armoury el sábado próximo. Es tarde, pero mete a alguien para que hable sobre los hongos arcturianos. Mandaremos una muestra. Me han dicho que los arcturianos son buenos jardineros cuando están en casa, les gustan las ciencias biológicas. Buenos chicos —dudé un momento y consulté mis notas—. Tengo algo apuntado sobre los grupos veteranos, pero nada concreto; si se les ocurre algo, díganmelo... ¿Qué pasa?

Henry parecía dudoso:

—No me gustaría enfrentarme con Candy, Gunner.

Entonces tuve que hacer un esfuerzo y volverme hacia Candace Harmon.

—¿Qué ocurre, querida?

—Creo que Henry se refiere a mi Liga de la Amistad Arcturoamericana.

Resultó ser una de las ideas de las que Haber estaba más orgulloso. No me sorprendió. Después de varias semanas y de tres mil dólares habían conseguido cuarenta y un miembros.

—¿Cuántos de éstos eran empleados de M. & B.?

—Bueno, todos menos ocho —admitió Candace rápidamente.

No sonreía, pero parecía divertida.

—No te preocupes —aconsejé a Henry Dane—. Vamos a dejar de lado la Liga de la Amistad Arcturoamericana. Candace no va a tener tiempo para eso. Va a trabajar conmigo.

—Estupendo, Gunner —dijo—. ¿Qué tengo que hacer?

Una vez estuve a punto de casarme con Candace, y desde entonces me he arrepentido a menudo de no haberlo hecho. ¡Candace Harmon era maravillosa!

—Tienes que hacer lo que Gunner te mande hacer. Veamos. Primero, mañana recibiré quinientos animales domésticos arcturianos. No los he visto, pero me han dicho que son muy graciosos, parecen gatitos y duran mucho. Piensa en algún modo de distribuirlos rápidamente. Quizá una tienda de animales pueda venderlos a cincuenta centavos cada uno.

Haber protestó: —¡Mi querido Gunner! El transporte solamente...

—Claro, Haber; traerlos hasta aquí nos ha costado cuarenta dólares cada uno. ¿Alguna otra pregunta? Muy bien. Quiero que al final de la semana haya quinientas familias que tengan uno, y si tuviera que pagar cien dólares a cada cliente para que se lo llevara, lo pagaría. Segundo, quiero que alguien encuentre un veterano, preferiblemente incapacitado y que actualmente esté envuelto en el bombardeo del planeta.

Tracé una docena más de planes de trabajo: una exposición de arte de bajos relieves arcturianos, que eran en parte para ser mirados y en parte para ser tocados; un cuadro 3-V sobre Arcturus que podríamos instalar en... la rutina de siempre. Ninguna de estas cosas serviría para nada, pero todas juntas ayudarían bastante hasta que consiguiera realizar mis planes. Luego pasé a los asuntos serios: —¿Cuál es el nombre de este tipo que se presenta a consejero? ¿Connick?

—Eso es —dijo Haber.

—¿Qué sabéis de él? —pregunté.

Me volví a Candace, que dijo rápidamente:

—Tiene cuarenta y un años, metodista, casado, tres hijos propios y uno adoptado. Se presentó para senador el año pasado y perdió, pero Belport le votó. Se presenta este año en contra del referéndum. Es muy importante en la Cámara de Comercio y en el V. F. W.

—No pregunto eso. ¿Qué sabéis de él? —insistí.

Candace dijo lentamente:

—Mira, Gunner, es una buena persona.

—Bueno, querida; eso ya lo sé. Leí su artículo en el periódico de hoy. Pero ahora dime todas las cosas sucias que no le convendría que se supiesen.

—¡No sería justo destrozarlo para nada!

Dejé de lado la cuestión de si era justo o no.

—¿Qué quieres decir con «para nada»?

—Sabes que no vamos a ganar el referéndum.

—Querida, tengo que darte una noticia; éste es el negocio mayor que se nos ha presentado nunca y me interesa. Ganaremos. ¿Qué sabes de Connick?

—Nada; realmente, nada —dijo en voz baja.

—Pero puedes enterarte.

Candace dijo, visiblemente molesta:

—Desde luego, probablemente habrá algo...

—Desde luego. Entérate. Hoy mismo.

II

Pero no confiaba plenamente en nadie, ni siquiera en Candace. Puesto que Connick era la figura central de la

oposición, tomé un taxi y fui a verle.

Era ya de noche, una noche fría y clara, y sobre las torres redondas del distrito comercial empezaba a asomar una media luna. La miré casi con afecto a pesar de lo que la había odiado cuando estuve allí. Al bajar del taxi dos niños equipados para la nieve se acercaron patinando para inspeccionarme. Dije:

—Hola. ¿Está vuestro papá en casa?

Uno tenía alrededor de cinco años, pecas y brillantes ojos azules; el otro era más moreno, con ojos castaños y cojeaba. El de los ojos azules dijo:

—Papá está abajo en el sótano. Mamá le dejará entrar si llama a la puerta. Apriete ese botón.

—¡Ah! Así es como funciona, ¿eh? ¡Gracias!

La mujer de Connick resultó ser una rubia agradable y delgada, de unos treinta años, y los niños debían de haber corrido por la puerta de atrás y avisado al viejo, porque mientras que ella me quitaba el abrigo él apareció por el pasillo.

Le di la mano y dije:

—Me doy cuenta por el olor que viene de su cocina que es la hora de cenar. No me quedará mucho rato. Me llamo Gunnarsen, y...

—Y pertenece a la Moultry & Bigelow. Siéntese, Gunnarsen. Así que quiere usted saber por qué no pienso dos veces el asunto de la base arcturiana. No, señor Gunnarsen, no lo voy a hacer. Pero ¿por qué no toma una copa conmigo antes de la cena? ¿Por qué no se queda a cenar con nosotros?

Este Connick era un hombre directo. Tuve que admitir que me pillaba de sorpresa.

—Bueno, está bien —dije al cabo de un momento—; veo que sabe para lo que estoy aquí.

Connick preparaba las bebidas.

—Bueno, no exactamente. Señor Gunnarsen, no espera usted realmente convencerme, ¿verdad?